

Entrevista con Lamberto Roque Hernández

Por Leopoldo Peña

Lamberto Roque Hernández, autor de “Cartas a Crispina” y “Here I am”, es un inmigrante indígena zapoteco. Reside en Oakland, California, lugar donde aparte de escribir, narrar y plasmar en tintas orgánicas imágenes visuales de la experiencia del inmigrante oaxaqueño, se desempeña como maestro de primaria. Esta última faceta es sin duda la que más sintetiza lo multifacético de su persona pues en ella se congrega el ejercicio del escritor, pintor, e activista social. Fundamental para su docencia es la oportunidad de nutrirse de la experiencia del migrante recién llegado a Estado Unidos y el asistir al estudiante de primera o segunda generación, quien negocia una identidad viable del entronque entre el recuerdo heredado de los padres y la realidad propia. Sin embargo, la importancia de su docencia reside más en el hecho de que ésta día a día reaviva su experiencia y memoria propia como sujeto migrante. Según cuenta en la siguiente entrevista¹, su experiencia de migrante se origina en la necesidad de crear estrategias para superar las condiciones económicas insuficientes que lo obligaron a vivir de lejos su comunidad de origen, San Martín Tilcajete, Oaxaca. De tal necesidad se disgrega otra, y esta es la incesante obligación de reconectarse con el lugar de origen. De ahí que a pesar de su deambular por el vasto territorio nacional mexicano y su larga estadía en California; como el ser maestro, escritor, pintor y activista social, sean estrategias para mantener activa una conexión real con el pueblo de origen, que en el plano simbólico son dispositivos narrativos para sus relatos.

¿Cómo llegaste a Oakland, California?

Mi vida ha sido un poquito de estar en movimiento constantemente. Salí de mi pueblo después de sexto grado a los doce años para irme a la Ciudad de Oaxaca a estudiar la secundaria por tres años. De la Ciudad de Oaxaca emigré a la Ciudad de México, donde viví diez años. Ahí traté de estudiar periodismo, pero no se pudo por falta de recursos; por falta de dinero más que nada. Entonces, me puse a estudiar diseño en construcción, de ahí saqué para vivir unos años en la Ciudad de México. A los veinticuatro años, me vine a los Estados Unidos. Y me vine porque la situación en México estaba muy mal: los salarios, el trabajo empezaron a escasear por las constantes devaluaciones. Antes de venirme a los Estados Unidos, regresé a mi pueblo por unos meses. Y en el 1990, llegué a los Estados Unidos a trabajar lavando carros, en construcción, entregando pizzas, trabajando de noche, y limpiando restaurantes. Estuve dos años y medio; y me regresé a mi pueblo con el fin de contribuir con mi gente porque allá tenemos que hacer trabajo comunitario, lo que se llama el tequio. Allá en el Valle de Oaxaca tenemos muy arraigada esa costumbre, esa buena costumbre, de que todos tenemos que hacer trabajo comunitario. Como yo no vivía ahí desde los doce años, entonces, mi tequio fue el regresar a San Martín Tilcajete y fundar una biblioteca. Fundé una biblioteca con la idea de promover la lectura y la educación entre los niños. Estuve un año ahí y me regresé a California. Me casé y me hice legal en este país. Me fui a tomar clases a la universidad para hacerme maestro. Terminé una licenciatura en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Hayward. Después me fui a sacar mi credencial de maestro a Mills College en Oakland. Ahora,

¹ Entrevista realizada con apoyo de UC Mexus Small Grants bajo la dirección de la Dra. Viviane Mahieux en University of California, Irvine. La transcripción de la entrevista ha sido editada y se han modificado algunas de las oraciones originales. Se han eliminado frases repetidas características del modo conversacional, pero no se ha añadido contenido a las respuestas. Todas las ediciones se han hecho con la intención de condensar el significado de las respuestas y son responsabilidad de Leopoldo Peña.

ya tengo ocho años como maestro. Trabajo con estudiantes de primaria. Ahí ando desde que salí de mi pueblo con la idea de romper el esquema en que mi familia estaba metida. Mis padres casi nunca fueron a la escuela y yo quise salirme de ese marco, de no solamente estudiar en México pero también aquí en Estado Unidos. Y, aquí estoy ahora.

¿Por qué escribes?

Al principio, lo que salió en *Cartas a Crispina* fue como una cura para mí. Yo tenía de alguna forma que sacar lo que sentía en esos momentos de frustración. Yo vine a este país con la idea de trabajar y ayudar a mi familia en México, hacer una casa. Pero, al estar trabajando yo veía que lo mío no era trabajar nada más, sino también pensar. Pero pensar como forma de analizar mi medio ambiente; el por qué yo andaba entre mexicanos, entre migrantes; el por qué los migrantes nos portábamos de cierta forma. A veces me frustraba porque yo caía en ese grupo de migrantes que somos solamente mano de obra aquí. De alguna forma yo quería platicarle a alguien esas cosas y la forma como lo conseguí fue escribiendo. En las tardes, cuando llegaba de trabajar o, en las noches cuando regresaba de aprender inglés, me ponía a escribir y me di cuenta que eso me desahogaba. Empecé en forma de cartas que no iban a nadie. Ahí le platicaba yo a alguien: “mira, que vi esto y lo otro” y de pronto empecé a crear personajes. Empecé a darle voz a mujeres y a niños, a personas que hablarán por mí en esos escritos. Empecé a escribir como una forma de aguantar aquí la chinga que uno se lleva cuando primero se llega.

¿Por qué empezaste a pintar?

En mi pueblo se dio mucho lo de las figuras de madera. Llegó un señor que empezó a hacer figuras de madera y empezó a enseñarles a los niños. Cuando tú ves que los demás están haciendo algo, uno se pregunta: ¿para qué soy bueno? Y empiezas a experimentar. Cuando empecé a escribir vi que se me daba una cosa con la otra. Y me empecé a meterme en la cochinilla, el pigmento natural que tenemos. Empecé a jugar con la cochinilla y empezaron a salir algunas cosas. Y aprendí que yo tenía que pintar algo que fuera relevante a mí. Por ejemplo, un hombre pintando en una pared dejando testimonio. Más que nada lo empecé a hacer por la influencia que tengo de mi pueblo. Mi idea es ilustrar mis escritos y dejar algún día documentos escritos pero con mis ilustraciones. Dejárselos a mis hijos o dejarlos en la biblioteca de mi pueblo.

¿Cuál es tu función como escritor?

Mi función es la de dejar testimonio. Yo pienso que todos venimos aquí a la tierra para dejar una huella de lo que hemos vivido. La forma como muchos lo hacemos es... muchos dejan hijos; mi abuelo dejó hijos por todo el pueblo, es su testimonio; algunos construyen puentes. Las autoridades en mi pueblo construyen puentes para pasar de un lado al otro del río, ese es su testimonio: comunicar dos lugares. Los puentes comunican. Yo escribo por eso mismo. Con el paso del tiempo me he dado cuenta que he sido como un puente. Y la función que yo sólo me dio, que se me dio, fue la que yo pueda unir. Hasta cierto punto he podido unir gentes que no hubieran estado del lado donde está mi gente. Invitar a académicos, esa gente “educada”, a que se cruzara ese puente y visitara un poco lo que es mi gente. Lo que somos nosotros en los pueblos pequeños, la gente indígena, las mujeres indígenas. Por ejemplo, en los cuentos yo hablo de mujeres yendo con la canasta en la cabeza a dejar la comida a los hombres en el campo. Mujeres rogándoles a los santos para que no les pase nada a los que se van del pueblo. Cuando yo pongo esas voces, esa es la parte donde llegan otros a visitar y se dan cuenta que cuando nosotros emigramos no venimos solos.

Hay gente que se quedó ahí cuidando la tierra, hay gente que se quedó rezando por nosotros. Esa es mi función: crear puentes entre la diversidad que es el humano.

¿Cómo manejas, dentro esta función de la escritura como un puente entre grupos o personas, el recuerdo de lo que es Oaxaca y el presente; lo que es oaxaqueño y lo que te es ajeno?

Cuando hablo del Oaxaca que yo conozco, trato de que la gente que me va escuchar o que me va a leer, lo conozca a fondo. Lo manejo a través del lenguaje, del español directo que se habla en mi pueblo. Hace unos meses salió un cuento en *La Hojarasca*, un suplemento de *La Jornada* en México. En el cuento, yo hablo de un personaje, una mujer que se fue a Canadá. Y esa mujer que está en Canadá, se está acordando de su pueblo, pero no dice específicamente que es Oaxaca. Pero el personaje no es de la región de donde yo soy. Ella es de la costa. Entonces, empieza a hablar de la costa, de la pesca y las actividades que hace la gente para vivir en la costa y a que ella extraña estando en Canadá. También usa palabras que se usan solamente en Oaxaca y en la costa y el valle de Oaxaca. Alguien leyó el cuento en Colombia y dijo: bueno, ¿ese cuento de dónde es? Entonces, si hay algo que entiende esa gente que lo está leyendo en Colombia; a través de dos o tres palabras, yo lo meto en ese mundo que tenemos nosotros en Oaxaca. Pero, meto al mismo oaxaqueño en la región de la costa, también. Y la mujer hablando de sus amigos que se fueron; que uno está en Cuba y otro está en Canadá y que otros andan en Europa desperdigados. Entonces, pongo al oaxaqueño no nada más en un lugar sino al oaxaqueño que se fue a ver el mundo. Y a través de ver el mundo trae a otra gente; a través de ese puente que mencionaba antes, que son las palabras, lo regresa a Oaxaca en un momento dado. O lo regresa a Colombia o, lo regresa al Salvador. Yo creo que las palabras son lo que hacen que la gente se transporte.

¿De qué manera esas palabras que llevan al lector ajeno a Oaxaca son fragmentos de tu memoria?

Yo diría que no son fragmentos. Pienso que son pilares que sostienen la memoria. En algún cuento, yo puse que me voy a ir y me voy a llevar la mitad de mis recuerdos para que me detengan en el lugar a donde voy. La otra mitad la voy a dejar en el pueblo para que sea un pilar que detenga mi memoria y que la detenga en ese lugar para volver algún día. Cuando se va del lugar donde se nace, especialmente ya de adulto como me fui yo, se lleva uno eso; se tiene la facilidad de llevarse la mochila no nada más con la ropa y la comida. Se lleva la memoria y no la usamos. Esos recuerdos no los empezamos a usar hasta que nos establecemos en el lugar donde llegamos. Una vez que nos sentimos cómodos, una vez que ya nos establecimos, empiezan a salir esas memorias. Empezamos a desempacar las mochilas llenas de memorias. Eso fue lo que a mí me pasó. Una vez que ya me ubiqué para yo poder sobrevivir, empecé a construir ese pilar que sostiene mi memoria, mi sanidad. Y esos pilares que yo iba construyendo eran todas esas palabras; eran recuerdos, y esas palabras iban formando después las frases, las historias que se desarrollan en mis escritos. Por ejemplo, hay un cuento que escribí últimamente donde un padre abusa de una mujer que trabaja para él. La abusa sexualmente o, trata de abusarla sexualmente, pero igual hablo de un padre que viene de un pueblo en España; habla latín y reza en latín. Viene de una comunidad donde la gente habla muy poco español. Entonces, voy ubicando al lector en diferentes partes, pero la memoria en sí, va ser mi pueblo. Va ser lo que me contó mi abuela, lo que escuché de mi mamá; las historias de mis padres. Lo vuelvo otra vez a ubicar, agarro de todas partes y lo ubico ahí porque cuando estoy en este país, cuando yo hago el cuento y llego al escenario que es la iglesia de mi pueblo, ahí yo me siento completo. Siento otra vez esa base y digo 'aquí estoy' pero tengo la facilidad de transportarme a

través de mis cuentos. Me da fuerza. Para mí, eso es lo que me conecta a la raíz y me mantiene vivo.

Si los pilares de la memoria están en Oaxaca, ¿qué lugar ocupa Oakland?

Muy poco. Claro, aquí también tengo mis recuerdos. Inclusive, los cuentos en inglés que están mi segundo libro, *Here I am*, hablo mucho de Oakland. A mí me encanta Oakland por todo el movimiento cultural, por la diversidad de gente. Pero me cuesta mucho trabajo ubicarme completamente en este lugar y empezar a describir. Por ejemplo, en alguno de los cuentos describo la Avenida Internacional, que es una línea divisoria que yo veo entre los de la montaña y los de los bajos; los ricos y los pobres; los blancos y los negros. Entonces, yo creo que estoy construyendo poco a poco pero no sé si me alcance el tiempo para construir ese pilar enorme que construí en Oaxaca y en el andar por México. Lo que trato de hacer aquí es nada más tratar de poner una raíz. Tengo los dos pies aquí, pero la memoria que en verdad me cuajó para poder escribir fue mi pueblo en Oaxaca.

Cuando Oaxaca ya no es memoria sino presente, ¿qué es lo que te sorprende de Oaxaca?

Me sorprende cómo la tecnología nos ha acercado. Ayer en la tarde uno de los muchachos de mi pueblo puso [en Facebook] una foto de la entrada del pueblo, y está intacta. Está como yo la dejé hace dos años, hace tres años, hace cuatro años. Entonces, digamos, cuando llego mañana, yo ya sé que esa calle está así, que hay gentes que todavía van a cuidar sus chivos al campo como yo lo hacía de niño. Me sorprende hasta donde nos damos cuenta de lo que está pasando. Ya no estamos marginados, ya no estamos incomunicados. Pero una cosa que me sorprende, a pesar de la tecnología, es la sencillez que tenemos ahí todavía. Antes cuando era más joven decía: me fui cinco años, no me van a conocer cuando vuelva. Y cuando llegué todos me hablaban por mi nombre. “Beto, ya regresaste. Beto, ¿cuándo regresaste?” Entonces, yo dijo que, bueno, yo pienso que soy diferente pero para la gente de mi pueblo, yo no soy diferente. Con el paso del tiempo me he puesto a analizar y es que todos nos conocemos. Ellos dicen: “El Beto es maestro”, “El Beto es escritor” y “El Beto hace esto y sale en los periódicos.” “Sí, pero al Beto lo conocimos nosotros.” Hay señoras que me amamantaron cuando no estaba mi mamá. Hay señoras que me bañaron cuando no estaba mi mamá. Hay señoras que me dieron de comer. Eso está intacto todavía. Todos nos conocemos y todos hablamos en el Facebook. Pero cuando estamos ahí tenemos ese corazón nosotros los oaxaqueños. Eso es lo que me sigue sorprendiendo. No hay una destrucción total. Ese es el miedo a veces de que con la tecnología nos estamos desmembrando. Pero cuando llego al corazón, al centro de lo que es el pueblo; yo voy a un velorio y la costumbre es la misma: todos nos juntamos en un círculo, se pasan los cigarros, se pasa la copa de mezcal y se habla del muerto. Yo ya sé la ceremonia como va ser. Y digo, ¿por qué si tenemos tanta tecnología y acceso a tanto no hemos copiado como se hacen las cosas en otro lado? Porque no queremos hacerlo. Pienso que eso va sobrevivir por muchos años todavía.

¿Y de Estados Unidos que te sorprende?

Cuando llegué, yo venía de la Ciudad de México y llegué a Santa Cruz, un pueblo muy chiquito. Me sorprendió la forma tan organizada que había en ese lugar: el autobús pasa a tal hora y tal hora pasaba que todo era muy predecible. Yo venía de un mundo desorganizado. Me sorprende la organización que hay en ciertos sectores. Y me gusta. Hay muchísimas cosas que me gustan de los Estados Unidos. Poniéndolo en una balanza, las oportunidades que yo he tenido aquí son mejores

que las que he tenido en México; más que nada en el desarrollo profesional. No añoro el México de ir a buscar trabajo y ver a quien conoces y no conoces. Lo que me sorprende aquí es que cada uno de nosotros valemos por uno mismo. Tú tienes que probar que si eres un profesor, eres un profesor, a través de tu currículo. Y basado en tus antecedentes te van a dar la oportunidad o no. Lo competitivo me sorprende y me gusta. Creo que si competimos aquí, damos un mejor servicio. Me sorprendería como es racista este país. Cuando estaba en México escuchaba mucho del racismo en Estados Unidos. Me sorprendió que me dijeran que si yo era 'Hispanic', 'Latino' o qué. Yo decía: ¿qué es eso? Entonces, yo creo que es el único país que tiene esas clasificaciones. Y me sorprende todavía, a veces el nivel de ignorancia que hay en este país. Me han tocado casos donde me preguntan de dónde soy. Digo que de Oaxaca y me preguntan: ¿Dónde está y en qué país está?

Me sorprende que la educación es muy angosta. No se lee al nivel que leen estudiantes bien concentrados en una carrera en México. Cuando fui a la universidad aquí, a parte de los libros que me dieron, yo estaba leyendo otros. Todavía cuando hablo en frente de los maestros y cito a alguien, me doy cuenta que la gente no se da cuenta. Me sorprende que la gente no quiera abrir su mente.

¿Cuando vas a Oaxaca y que te regresas a Estado Unidos cómo percibes al oaxaqueño que se queda y que está por venirse?

Hay uno de mis cuentos en *Cartas a Crispina*, en el que yo describo al principio una mujer en el aeropuerto de Oaxaca. Ella está llorando y rezando en zapoteco. Yo escribo ahí que no hace falta entender el idioma para saber que la mamá estaba despidiendo a alguien y que veía como el avión se llevaba a su hijo o hija. Yo me vine marcado con eso y hasta lo tuve que escribir. Me vine marcado de ver que la mamá no se venía, el hijo se venía pero no directamente a Estados Unidos. Se venía a Tijuana para cruzarse para acá. Yo me subí al avión después rumbo a San Francisco. Y cuando llegué me puse a pensar en la gente que venía en el camino en un vuelo a Tijuana, que es cuatro a cinco horas. Y después es toda una vida cruzarse la frontera. Toda una vida porque a lo mejor no pasan.

Hay dos que se quedan; los que se quedan extrañando a sus hijos; los que se quedan esperando el mensaje que les diga "ya pasé" o "estoy en la frontera". Pero también están los jóvenes que se quedan con ese sueño mitad sueño, mitad pesadilla: mi sueño es irme y pesadilla cómo voy a llegar allá. Con los chavos que yo platico, me han dicho que me los traiga. Les digo que yo no los puedo llevar porque yo me voy directo. Y me dicen, pero de todos modos un día me voy a ir para allá: "por allá lo veo". Ese "por allá lo veo", a veces se convierte en realidad. De pronto voy a una fiesta a Santa Cruz, que es donde llega la mayoría de mi gente y ahí los encuentro. A veces me tengo que palmea y decir: "¡ese chavo lo vi y ya está aquí!" Les pregunto cómo le hicieron y me empiezan a contar. Me dicen: "pero venía tal y tal conmigo pero ellos no llegaron." Es como el sacrificio de cuántos se van, cuántos se regresan, pero siempre sigue el ciclo ese: o me voy o voy a esperar a que tenga 15 a 17 y me voy. Ahora, lo piensan un poquito más por cómo está México, pero aún sigue el sueño. A mí me quiebra el pensamiento cuando yo me vengo al pensar en la gente que se queda y que viene en camino.

Ahora que mencionas a estos chavos que se quedan y están por venirse, me recuerdas a Evaristo en *Cartas a Crispina*, quien siempre está observando la carretera y se está figurando una salida, se visualiza en otro lado. Varios otros personajes hacen lo mismo, algunos están acá y están pensando en Oaxaca y me llama la atención la ausencia de la frontera en *Cartas*

***a Crispina.* En esta manera en que tú percibes la trayectoria del migrante, ¿qué significa la frontera o qué es frontera?**

Muchos de nosotros crecemos en el pueblo escuchando música que habla mucho de la frontera, pero es que hay muchas fronteras. Para mí hay muchas fronteras por eso casi no específico. La menciona uno de los personajes cuando dice “yo sé que en la frontera los gringos están matando a los paisanos.” Y me recuerdo cuando pasa eso en Arizona. Pero para mí las fronteras son distintas porque cuando estaba yo pequeño, y esto se relaciona a Evaristo, mi mamá me decía: “quiero que te subas allá a ese cerro y mires lo que hay detrás.” Para mí ese cerro, que le llaman María Sánchez, es la frontera. Yo me subí un día y vi que había un valle y que pasaba un tren. Me quedé fascinado y pregunté: ¿y ese tren para dónde va? Y me decían, va a Oaxaca. Yo veía que de la montaña, Oaxaca se veía hasta allá en el fondo. Y yo decía que algún día iba ir Oaxaca. Entonces, mi primera frontera fue el cerro, después mi frontera fue la Ciudad de Oaxaca.

Evaristo está viendo ese camino. En alguna parte del cuento dice: “¿A dónde llevarán esos caminos? Tal vez llevan a algún lugar donde los caminos corren como arterias llenas de sangre.” Inclusive, ahí donde está Evaristo era un terreno de mi papá. Ese era mi trabajo, ir al terreno y de ahí veía la carretera. Entonces, en mis historias no menciono la línea fronteriza exclusivamente porque para nosotros, hay muchas fronteras. Después viene la frontera que nos pone la misa sociedad mexicana; de que tú eres de Oaxaca, tú eres así. ¿Cómo cruzas a ese lado para que te acepten?

Cuando llegas aquí a Estados Unidos cruzas la frontera pero no nada más la frontera entre México y Estados Unidos. Cuando llegamos empezamos con más fronteras. Primero, que eres mexicano; que no hablas el idioma; que vas a hacer ciertos trabajos y ahí empezamos una serie de irse cruzando e irse cruzando. Es que yo me he estado cruzando fronteras constantemente. Cuando yo llegué a ser maestro me veían a mí y en varias ocasiones me dijeron si yo era el que limpia la escuela. Por eso, para gente que inmigramos en las condiciones que yo lo hice, la línea es solamente una frontera, la más riesgosa, pero de ahí nosotros seguimos cruzando. Cuando Evaristo está en el campo limpiando sus milpas, está pensado a dónde lleva eso, sin saber que lo va a llevar a muchas líneas divisorias.

En el cuento, “Héroes Nacionales”, Benigna hace ese cruce del que hablas y no está la frontera. La frontera se desaparece. En el relato, la frontera como división política entre Estados-naciones, el personaje la borra completamente de su trayectoria personal. ¿Cómo se logra esto y qué dice de su identidad?

Es una de las facilidades que hay cuando uno escribe. Yo a veces digo que a los personajes se les echa la culpa. En este caso, fue eso. El de estar aquí y al estar aquí, ahora me puedo dar el lujo de regresarme. Revertir el viaje e irme a mi pueblo y ver lo que está pasando. Si ya me cruce esta línea divisoria, entonces, ya no va a ver fronteras. Es una de las cosas que me propuse cuando llegué aquí. Si ya llegué aquí, las demás líneas para cruzar se van a hacer más fáciles. Pero era cuestión de mentalizarse. Si estoy aquí vivo porque no lo voy a hacer; no hay frontera, entonces. Yo me voy a poner los límites.

Benigna hace que los otros personajes en *Cartas a Crispina* no hacen. Benigna hace uso de la mirada. Ve los íconos nacionales y no se relaciona, se transporta imaginariamente al pueblo. ¿Qué puedes comentar del ejercicio de la mirada ante un ícono nacional?

Cuando yo llegué a este país y descubrí el término feminista, yo me reí porque mi mamá ha sido eso desde hace años, y mi abuela también. Pero mi mamá no se encontraba representada en ninguna parte. Pero mi abuelo el macho, con sus carrilleras y rifle, sí. Mi abuelo tenía como ídolo a Lucio Cabaña, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Juan Charrasquiado y todos los machos de las canciones y la historia. Y me di cuenta que mi mamá y mi abuela no estaban. Eran las soldaderas o las que siempre estaban trabajando, las mujeres que siempre están atrás de los hombres. Quise enfocar ese cuento en esas mujeres que los héroes nacionales no tienen mucho que ver con ellas. En una parte dice: “¿dónde están los héroes nacionales mujeres, será que apenas se están gestando? Yo no hablo para representar a todas las mujeres, porque no soy mujer. Estoy hablando de lo que yo viví con mi mamá, mi abuela y mis tías. Es basado en mi experiencia; de que muy oaxaqueños, muy zapotecos y bien indígenas pero no tenemos igualdad de género todavía. Ese tipo de cuentos son un poquito incómodos con los hombres oaxaqueños. Por eso escogí a Benigna, una estudiante de secundaria.

¿Qué escritores te han influenciado?

Juan Rulfo me ha influenciado mucho. Aunque la situación de él era algo privilegiada. Él se dio el lujo de viajar por los pueblos de Jalisco. Y cuando empecé a leer en inglés, hay un escritor indígena, Sherman Alexie, del cual he leído todos sus libros porque desmitifica la situación de los indígenas de aquí a través de cuentos muy chistosos. No es nada más el indígena romantizado que exhiben las películas ni el indígena en la reservación sino el indígena urbano, como les llama. Él me ha influenciado mucho. Pero, mi influencia es Juan Rulfo.

¿Cuáles referentes de identidad oaxaqueña hay en tus escritos?

La virgen de Juquila porque es la madre los oaxaqueños. La Matlacihuatl que es la otra madre de los oaxaqueños. Es la muerte disfrazada de una forma atractiva. Ella aparece en uno de mis últimos cuentos. Y la comida; por ejemplo, cuando hablo de los frijoles con chile y con chepiche, una plantita que se da en el campo. Eso es bien oaxaqueño, del valle de Oaxaca. Los olores, cuando digo, huelo a hierba santa, chepiche, o frijoles con epazote. Esos olores que tenemos en mi pueblo, pero también las mujeres. Tengo una parte por ahí que dice: “Mujeres enmarcadas por el umbral de sus puertas como si fueran vírgenes viejas cubiertas la cabezas con su rebozo.” Esas son las mujeres que veo en mis cuentos. Las señoras cuando pasa la procesión, están en la puerta y se ven como santos, como vírgenes de la iglesia con su rebozo negro. Y los perros por los perros en el pueblo. A veces, por el perro conoces al dueño. El pintor Rodolfo Morales, pinta eso: las mujeres con sus mandiles y los perros. En todas sus pinturas aparecen los perros. De niño cuando vas creciendo te dicen: ‘llévate un palito por el perro o llévate una tortilla extra para el perro.’ Mucho los perros aparecen en nuestra vida.

¿Qué es un zapoteco?

Hay dos. El zapoteco que mantiene el idioma y muchas de las costumbres que tenemos por siglos. El otro es que el ya no mantiene el idioma pero que mantiene ciertas costumbres. Un pueblo zapoteco, un zapoteco que mantiene el idioma, el idioma le da más espacio para mantener sus costumbres. Hay ciertas palabras de cosas que hacen que no hay en español, por ejemplo, a diez minutos de mi pueblo, está un pueblo zapoteco, donde hablan el zapoteco. Yo voy a una boda ahí, y como parte de la ceremonia hacen un círculo con guajolotes. El guajolote significa la unión entre el macho y la hembra. Empiezan a decir algo en zapoteco y a hablar con los guajolotes. En mi

pueblo tenemos la ceremonia, pero ya no hablamos con los guajolotes porque no tenemos la lengua. No se puede catalogar al zapoteco dentro de una categoría nada más.

¿Qué es un oaxaqueño?

Un oaxaqueño es el que vive dentro de los límites de lo que es Oaxaca. Ese oaxaqueño, a veces tiene que salirse de Oaxaca para reencontrarse mejor como oaxaqueño. Es un poquito complicado ser oaxaqueño porque hay de oaxaqueños a oaxaqueños. Yo he estado en San Quintín, Baja California, donde están los jornaleros. Yo los veía y están bien organizados. Hablan español como segundo idioma. Estaba con ellos pero me veían con desconfianza porque no me veo tanto como ellos. Yo soy oaxaqueño, me siento oaxaqueño pero voy con estos oaxaqueños en San Quintín y no me aceptan muy bien por la desconfianza que hay. No me veo tanto como ellos, y digo que soy oaxaqueño. Pero nosotros los oaxaqueños, al principio, nos tenemos desconfianza, una vez que nos conocemos hasta nos abrazamos.

Como sujeto migrante, zapoteco, oaxaqueño, con identidad mexicana ¿cómo navegas en Estados Unidos con el mexicano?

Lo que pongo en frente siempre es que soy oaxaqueño. Escogí hacerlo porque quiero poner Oaxaca en frente. Pero también tengo que decir que soy mexicano porque oficialmente soy mexicano. Y después caes en lo que es latino o 'hispanic', como nos quieran decir. Hay ocasiones en que me dicen: '¿verdad que eres centroamericano?' "¿Maestro, Ud. es peruano? Les digo no, no; soy oaxaqueño. Nadie me va a quitar el hecho de que yo sea mexicano, ni que yo sea oaxaqueño, zapoteco, de Tilcajete; porque se va angostando hasta llegar a donde uno viene. Creo que eso me hace más fuerte porque sabes que perteneces a un país. Por eso no puedo meterme dentro de un solo marco como muchas cosas que soy. Ahora, cuando regreso a mi pueblo y soy oaxaqueño, a mí me ven como un ciudadano que soy nada más de ahí del pueblo. En el fondo, hay una esencia que no sé si pueda explicar... es bien interesante cuando uno como ser humano encuentra esa raíz profunda. Yo me puedo meter en todo, pero esa raíz profunda está ahí en la tierra. En ese pueblo, Tilcajete. De ahí yo me expando al mundo. Nosotros enterramos el ombligo cuando nacemos y nos vamos. Nosotros tenemos la creencia que vayas a donde vayas, y seas lo que seas, tu ombligo te está jalando. Por eso siempre regresas a la tierra.

¿Cómo te ubicas dentro de lo Latino, de esta idea de entender todo a través de lo Latino y que pierde tanto las diferencias? ¿Cómo te relacionas a siempre ser inteligible a través de etiquetas oficiales que reproducen las estructuras de inequidad, segregación, que vienes escapando?

Me río cuando dicen "Hispanic" o cuando dicen "Latino". Pero es bueno tener un referente. Cuando hablo con mis niños (estudiantes) que son hijos de nicaragüenses, hondureños, salvadoreños, guatemaltecos, mexicanos, bolivianos que si llegaron hace poco, ya hablo un poco más del término latino. Digo que somos latinoamericanos o de origen latinoamericano, pero que dentro de los latinoamericanos cada uno viene de un país. Tenemos orígenes en un país. Trato de ser más explícito con mis estudiantes... y les digo: "Hispanic" o 'hispanos' como nos dicen, es porque algunos somos descendientes de españoles. Hablando de manera personal, trato de meterme ahí nada más con mis cuates - peruanos, bolivianos, centroamericanos - cuando de pronto hablamos del tema. Ya casi no me meto muy a fondo porque sabemos que nos dan una clasificación; el sistema nos ha clasificado así nomás para dividirnos y así tenernos más

controlados. Echar a pelear hasta cierto punto a los latinos contras los afroamericanos y los asiáticos. Esa es una clasificación del sistema. Son términos que se han creados para clasificar. Es que una vez que clasificas a la gente, la segregas por grupos y los pones a pelear entre ellos mientras los de que aquí arriba, nos están manejando. No caigo yo mucho dentro de las cajitas esas. Cuando tengo que llenar una, no la lleno. La dejo en blanco, digo, es que no hay aquí lo que yo soy. Me han preguntado y digo: 'es que no tienen oaxaqueño'. No me gustan las clasificaciones a mí porque nos echan a pelear.